

*Chiara Zamboni**

Heidegger y María Zambrano: dos formas diferentes de amor a la Naturaleza

Resumen

Las aproximaciones de María Zambrano y Martin Heidegger a la cuestión de la naturaleza presentan un movimiento de pensamiento parecido: hacer girar la cuestión en torno al dispositivo lingüístico y epistemológico de la relación sujeto-objeto. El recorrido de Heidegger funciona sólo donde se apoya en la lectura de las poesías de Hölderlin, de lo contrario no consigue ir más allá del concepto de ente, inscrito en la metafísica. En Zambrano se trata de “sentir” las cosas, dar expresión lingüística al balbucear de los seres nacidos a medias, con un empeño político e intelectual en esta dirección. La diferencia sexual está en juego en sus pensamientos a partir de la posición tan diferente que conceden al cuerpo, para Zambrano implicada en su ligazón con la naturaleza.

Palabras clave: Naturaleza, lenguaje, cosa, cuerpo

Abstract

The approaches of María Zambrano and Martin Heidegger to the question of nature show a similar movement of thought: to do it going around on the linguistic and epistemological system of the subject-object. The path of Heidegger only works where it is supported by the reading of Hölderlin's poetry, otherwise it is unable to go beyond the metaphysical concept of being. In Zambrano's work it depends on “feeling” the things, on giving linguistic expression to the babble of half-born beings through an intellectual and political commitment. The sexual difference plays a different role in their thoughts according to their different understandings of the body; in Zambrano's case, it is connected to its bind with nature.

Keywords: Nature, Language, Thing, Body

Fecha de recepción: 10 de junio de 2011

Fecha de aceptación: 27 de junio de 2011

* Università di Verona (chiara.zamboni@univr.it)

Martin Heidegger y María Zambrano han amado la Naturaleza de distinto modo, y la cualidad de su amor conduce a vías paralelas, que se cruzan sólo parcialmente. De ello somos conscientes después de haber leído sus textos, con la sensación de haber tenido experiencias diferentes de la Naturaleza.

Por otra parte, es posible hablar de ello y cotejar estas dos concepciones, porque tienen planteamientos teóricos similares, pasos respecto al filosofar que cuentan con fuertes analogías, al menos a primera vista. En primer lugar, ambos reconocen una circularidad entre lenguaje y ser, aunque con características diferentes.¹ No se trata de una circularidad dada y a nuestra disposición, sino ganada de nuevo cada vez a través del pensamiento meditativo, del camino del *logos*, del pensamiento filosófico-poético, que nos hace capaces de escuchar a las cosas. Las cosas son sujetos a los que nos dirigimos. El primer paso de este camino consiste en renunciar al pensamiento representativo que objetiva la realidad; consiste también en poner entre paréntesis esa relación que tenemos con las cosas, por la cual las consideramos sólo objetos utilizables, instrumentos, o bien el fondo habitual en el que nos movemos. Ambos critican el hecho de que los seres humanos piensen que tienen a su disposición las cosas como si fueran objetos inertes y sin dignidad.

María Zambrano lo dice en *Los Bienaventurados*: “Las cosas no aparecerían como tales *cosas* si al nombrarlas y al referirnos a ellas [...] esperáramos de ellas una respuesta, o por lo menos la anheláramos. Si nombrarlas

equivaliese a llamarlas para obligarlas a levantarse de la inercia en que están sepultadas. Si el ser o aparecer como *cosas* no fuera el resultado de una condena que las vuelve disponibles para que nuestra mente las utilice, o siquiera las movilice. Así es como surge en ellas la exterioridad respecto al sujeto que exige para sí, sólo para sí, la condición de interioridad. [...] La relación sujeto-objeto [...] las desaloja de la vida y, más que de la vida, del ser del sujeto”.²

No es una casualidad que en *Los Bienaventurados* Zambrano hable de Heidegger y hable bien de él, como de quien ha apostado por que la Filosofía se ponga a la escucha de la poesía. Se trata de una verdadera apuesta, que corre el riesgo de fracasar, similar al intento de Zambrano de hacer dialogar filosofía y poesía, también una apuesta sin la certeza de conseguirlo.³

De hecho, también Heidegger efectúa un paso atrás respecto a la relación sujeto-objeto, y lo hace apoyándose en un pensamiento poetizante abierto a la verdad como desvelamiento y a las cosas, algo a llamar desde el interior de la lengua y hacer que sean en la poesía. En *Die Zeit des Weltbildes* critica la complementariedad entre subjetivismo y objetividad: “Sólo lo que se convierte [...] en objeto *es*, vale, como ser. [...] Tal objetivación del ente se efectúa en un representar, en un poner delante nuestro [el objeto]; y esto tiene como objetivo el presentar cada ente de manera tal que el hombre calculador pueda estar seguro, tener la certeza acerca del ente. [...] Sin lugar a dudas, el mundo moderno [...] ha hecho que triunfaran el subjetivismo y el individualismo. Pero es igualmente cierto que ninguna época precedente ha elaborado un objetivismo tan acentuado y que en ninguna edad anterior lo no-indivi-

¹ Sobre esto aspecto véanse los artículos: Prezzo, R., *Apprendo gli occhi al pensiero* y Rovatti, P.A., *L'incipit di María Zambrano en aut aut*, n° 279: *María Zambrano. Pensatrice in esilio*, mayo-junio 1997, pp. 37-54 y pp. 55-61.

² Zambrano, M., *Los Bienaventurados*, Madrid, Siruela, 2004, pp. 78-79.

³ O. c., p. 51.

dual ha recibido tanto crédito bajo forma de ‘colectivo’⁴.

La descripción crítica de cómo funciona la relación sujeto-objeto en el mundo moderno conduce, pues, tanto a Zambrano como a Heidegger, a interrogarse sobre el significado del sujeto y sobre qué otros vínculos ha tenido con las cosas en la historia de la cultura occidental. Y también sobre cómo podemos situarnos de manera diferente respecto al lenguaje, de modo que las cosas sean nombradas, no tanto como objetos, sino llamadas a adelantarse, a ser ahí, a aparecer en su ser. Desde esta perspectiva se podría llevar a cabo una historia del sujeto, que se convertiría en un “sujeto en busca de autor”, tal como anota Zambrano con una sonrisa irónica, que es lo que, al fin y al cabo, intenta Heidegger tanto en *Die Zeit des Weltbildes* como en muchos otros textos, y lo que implicaría contar paralelamente la historia de la aparición de las cosas en la civilización occidental.

Añadiré que el primer obstáculo para eludir la relación fija de sujeto-objeto es precisamente la gramática. En nuestras lenguas, la gramática está organizada en función de la secuencia sujeto, verbo, complemento objeto. Recuerdo el intento de Luce Irigaray de abrir la relación amorosa entre la mujer y el hombre inventando ese error gramatical que es la expresión *Yo amo a ti*, –en lugar del “yo te amo”– para expresar que entre los dos amantes hay algo más, hay algo infinito,⁵ de modo que nada, ni siquiera la gramática, puede hacer que uno sea objeto del otro.

Además, tanto en Zambrano como en Heidegger, el movimiento del pensar es muy similar. Un movimiento por el cual se tiene conciencia de un origen, del que no sólo nunca se ha tenido experiencia, sino que sólo se puede

hablar del mismo por huellas, ahora, aquí en el presente. Para nosotros resulta, más que nada, una orientación de la mirada hacia adelante, la fuerza que atrae para recorrer nuevas pistas, más que un efectivo volver la mirada hacia atrás. Por el contrario, el movimiento del alma al hacia ese inicio nunca vivido se concreta al apreciar en el presente todo lo vivo y lo luminoso que se abre frente a nosotros y que nos necesita para ensancharse, para conseguir tener una consistencia simbólica. De lo contrario, se pierde en algo insignificante.

En este sentido Zambrano, en *De la Aurora*, retoma las primeras palabras del Evangelio de san Juan: “En el principio es la palabra, y en el origen del ser humano que conocemos, en sus no todavía diferentes ramas. Árbol, pues, el lenguaje de la semilla caída es germinante, fecunda oscuramente, como oscuramente se fecunda todo en este planeta que habitamos”.⁶

Cuando hoy vivimos fragmentos de lengua viva, esto nos hace presentir que al principio era el Verbo viviente. Nos parece descubrirlo en las palabras vitales que a veces escuchamos entre las muchas apagadas. Pero es sólo desde el interior de nuestros lenguajes, tal como están a nuestra disposición, desde donde podemos descubrir las huellas del subterráneo germinar del Verbo de los comienzos.

María Milagros Rivera observa a tal propósito que la escritura misma de María Zambrano es el intento de hacer vivir en la lengua de cada día la lengua oracular que permite experimentar el germinar de la misma. Es el lenguaje de la profeta, “de aquella que percibe en el presente y trasmite a través de la palabra algo divino. Al leerla, recupero –dice ella–, vuelvo a percibir lo divino, eso que en mis prácticas ha-

⁴ Heidegger, M., *Die Zeit des Weltbildes* en *Holzwege*, Band 5, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1977, pp. 87-88 [trad. esp. Gemma Bartoll Teixidor].

⁵ Cfr. Irigaray, L., *J'aime à toi*, París, Grasset, 1992, pp. 171-177.

⁶ Zambrano, M., *De la Aurora*, Madrid, Tabla rasa, 2004, p. 130.

bituales de vida suele quedar olvidado o escondido entre las cosas, en mi hacer cosas”.⁷

No es una casualidad que Heidegger necesite la poesía de Hölderlin para poder hablar de un desocultamiento de huellas de lo divino en el presente y para alejarse un poco del lenguaje de la metafísica, que advierte demasiado estrecho y en el que, en el fondo, queda atrapado. La percepción de la carencia de lo divino –sostiene– tiene lugar en el presente, y es en el presente donde buscamos sus huellas. No se trata de un tiempo lineal según el cual hoy vivimos el tiempo de la caída, después de un periodo feliz de acercamiento entre los seres humanos y los dioses. Su movimiento de pensamiento es distinto y se juega totalmente en el presente, para estar de manera diferente en el presente mismo. Escribe: “Hölderlin [...] al instituir de nuevo la esencia de la poesía, es el primero en determinar un tiempo nuevo. Es el tiempo de los dioses huidos y del dios que viene. Es el tiempo de *privación*, porque se encuentra en una doble carencia y en un doble *no*: en el ‘ya no’ de los dioses huidos y en el ‘todavía no’ del dios que viene”.⁸

Heidegger, por consiguiente, se concentra en un doble movimiento. Por un lado, los poetas son los extranjeros, los viandantes que perciben la noche, el desierto, la privación, como estados de carencia de lo divino. Y sin embargo, por otro lado, la noche también es fuente de potencialidad, de germinación. Los poetas son esos pocos que, al andar por oscuros senderos, se acercan a la casa y allí encuentran huellas de lo divino. Saben percibir las. Gracias a su percepción los signos de lo divino se encuentran presentes: el pan y el vino sobre la mesa son el sacrificio ofrecido al dios.⁹ Los poe-

tas, en cuanto extranjeros a su propio tiempo, no sólo saben reconocer las huellas, sino darles un espacio simbólico adecuado.

El lenguaje que en este caso emplea Heidegger no es en realidad metafórico. Sería una metáfora decir que el pan y el vino que se encuentran sobre la mesa corresponden al pan y al vino que Cristo repartió en la Última Cena como signo de la alianza entre los seres humanos y dios. La posición que Heidegger sugiere es distinta: el pan y el vino sobre la mesa son el pan y el vino de la Última Cena. En otras palabras, quien advierte con intensidad la carencia de lo divino en la vida cotidiana es quien sabe reconocer su presencia en donde lo percibe y sabe darle espacio simbólico en el lenguaje. Es lo divino presente en el lenguaje, no una metáfora de lo divino. En *Der Satz vom Grund* Heidegger critica que las metáforas se consideren independientes respecto a un plano literal del lenguaje.¹⁰ Yo diría, siguiendo a Roman Jakobson, que la poesía hace ambiguo al referente y permite así hablar según verdades de lo que no es verificable.

En este contexto, sólo aparentemente similar, el amor por la Naturaleza de Heidegger y de Zambrano adquiere formas diferentes, que tienen que ver, creo, con la diferencia sexual. Sobre ello volveré más adelante.

Por ahora quisiera hablar del amor de Heidegger por la Naturaleza. Los textos en los que emerge más libremente son aquellos en los que comenta poesías de los poetas más amados. Entonces, la cercanía y la lejanía entre la tierra y el cielo abren un lugar vivo, un lugar sustraído al espacio extensional: es esto lo que Heidegger lee, por ejemplo, en la poesía *Grecia*

⁷ Rivera Garretas, M^a M., *Il linguaggio oracolare di Maria Zambrano* en Zamboni, Ch. (ed.), *Maria Zambrano. In fedeltà alla parola vivente*, Florencia, Alinea, 2002, p. 118 [trad. esp. Gemma Bartoll Teixidor].

⁸ Heidegger, M., *Hölderlin und das Wesen der Dichtung* en *Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung*, Band 4, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1991, p. 47.

⁹ Sobre este aspecto véase Heidegger, M., *Die Sprache*, en *Unterwegs zur Sprache*, Band 12, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1985.

¹⁰ Cfr. Heidegger, M., *Der Satz vom Grund*, Pfullingen, Neske, 1957, pp. 87-89.

de Hölderlin, firmada por el poeta con el nombre Scardanelli, casi como para remarcar con fuerza su naturaleza extranjera respecto al mundo compartido.¹¹ El árbol de las gracias, en la poesía de Trakl *Una noche de invierno*, es lo que tiene raíces en la tierra y se abre al cielo, y es esto lo que hace de puente, de mediación entre los extranjeros, los poetas-viandantes tras la huellas de los huidos y los habitantes de la casa, que se encuentran en una relación de costumbre con el ser de las cosas.¹² La noche es lo oscuro como carencia y, al mismo tiempo, hace vivir el presentimiento de las huellas divinas, en una sensación de calma, como escribe Heidegger comentando *El día de fiesta* de Hölderlin.¹³

Sin embargo, pronto nos damos cuenta de que para Heidegger toda meditación sobre las plantas, sobre los animales, sobre la tierra y el cielo, sobre la noche, tienen como mediación necesaria e ineludible el lenguaje poetizante. Así, como en *Der Ursprung des Kunstwerkes*, la confianza de la campesina en las cosas más cercanas y habituales se muestra a través del lenguaje artístico, en este caso a partir de un cuadro de Van Gogh.¹⁴ Para Heidegger el primer paso para recoger los elementos de la Naturaleza es el lenguaje. No cualquier lenguaje, sino el poetizante, que se dispone a la escucha de la revelación del ser de las cosas.

Que la auténtica apertura a la revelación del ser de las cosas sea el lenguaje y no la percepción se aprecia bien en *Der Satz vom Grund*, el principio de razón, en el que Heidegger, precisamente al interrogarse sobre la poesía de Angelus Silesius, que coloca en el centro el florecer sin porqué de la rosa, muestra que resulta imposible dejar completamente de lado las for-

mas culturales de nuestra civilización sedimentadas en la lengua, como el principio de razón, por el que nos preguntamos el porqué de la rosa. Y así, aun queriéndolo, no se puede estar cerca de una rosa dejándola reposar en su realidad inmotivada. El lenguaje, a partir del cual Silesius ha compuesto sus versos, es un lenguaje que lleva consigo el principio de razón, del que podemos mostrar los límites, pero no superarlos del todo.¹⁵

Y entonces, en cierto sentido, es necesario rendirse: Heidegger hace converger Naturaleza y *logos*, movimiento del lenguaje en su desvelar y custodiar el ser al mismo tiempo. Y es así como hay que entender la Naturaleza comprendida como producción, hacer acaecer, hacer florecer. Es *logos* en su movimiento de entreabrir el ser manteniéndolo en lo oscuro.

Creo que la diferencia entre Heidegger y María Zambrano respecto a la cuestión de la Naturaleza se encuentra en el hecho que sólo Heidegger se ha vinculado a la relación entre materia y forma, tal como fue pensada por Aristóteles, mientras que Zambrano se aleja de ello radicalmente. Para Heidegger es la forma lo que atrae la materia a sí misma, y la forma –la *morphè*– es superior a la misma Naturaleza, porque permite mostrar el movimiento mismo de la Naturaleza, que es un florecer de la forma. Naturaleza es movimiento de producción de la forma, es el florecer de la rosa en el transcurso mismo del florecer. Es la proveniencia de este florecer y el camino de este entreabrirse de la forma de la rosa. En este contexto la materia es sólo lo que se pone en movimiento. No tiene ninguna autonomía. No es posible pensarla por sí misma.¹⁶ Por esto, para Heidegger, se puede partir sólo de la forma en su desarro-

¹¹ Cfr. Heidegger, M., *Hölderlins Erde und Himmel*, en *Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung*, ed. cit., pp. 178-181.

¹² Cfr. Heidegger, M., *Die Sprache*, en *Unterwegs zur Sprache*, ed. cit.

¹³ Cfr. Heidegger, M., "Wie wenn am Feiertage..." en *Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung*, ed. cit.

¹⁴ Cfr. Heidegger, M., *Der Ursprung des Kunstwerkes* en *Holzwege*, ed. cit., pp. 20-22.

¹⁵ Cfr. Heidegger, M., *Der Satz vom Grund*, ed. cit.

¹⁶ Cfr. Heidegger, M., *Von Wesen und Begriff der physis. Aristoteles, Physik B,1* en *Wegmarken*, Band 10, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1976.

llo, de la palabra poetizante que es el camino, del logos que es desvelamiento.

Lo que sorprende en María Zambrano es, en cambio, su gran capacidad de pensar la materia como independiente de la forma y sintiendo en ella el transparentarse del esplendor del mundo sensible.¹⁷ Es el blanco puro de los cuadros de Zurbarán, un blanco absoluto, pura materia, como lo es también la materia al dejarla libre de ser después del disgregarse de las formas en la producción artística de las vanguardias del siglo XX. Obviamente, sabemos que María Zambrano es muy consciente de la importancia de la forma y de la ganancia que podemos obtener del *logos*. Sabe de la vocación a la forma y del deseo de palabra que los seres –todos los seres– tienen. Y, no obstante, está atenta a los momentos en los que la forma se diluye, se difumina, se desvanece. O, por cualquier motivo, se derrumba. Es ahí, en ese emerger de la materia pura, cuando la Naturaleza encuentra el lugar que le es propio.

Pensemos en *El hombre y lo divino*, un texto en el que la Naturaleza tiene una fuerza hermética envolvente y peligrosa. Tiene características inconscientes, es más: es inconsciente, para usar un término que me permite recordar cuán peligroso resulta identificarnos en la Naturaleza, en las entrañas, porque nos fascina su hermetismo, su palpar que arroja signos que no conseguimos descifrar, a los que no conseguimos dar un sentido. El hermetismo de la realidad –en cuanto privada de forma– es delirio, nos atosiga y persigue. Podemos llamarla “Naturaleza” solo a partir del establecimiento del intercambio simbólico. Es a partir del intercambio simbólico con los dioses cuando el caos delirante y obsesivo toma el nombre de “Naturaleza”, es decir, a partir de cuando se ha ganado un comienzo, y entonces a la Naturale-

za se le da un lugar propio no confundible con el plano del lenguaje simbólico.¹⁸ En este punto la Naturaleza ya no es materia inconsciente, delirante, y su lado inconsciente permanece palpitante en la sombra, aunque nunca queda cancelado.

Zambrano es una pensadora materialista, no de ese materialismo de la desilusión, como ella lo llama,¹⁹ donde la razón coloca a la materia fuera de sí como su límite y derrota. Más bien, la materia tiene para ella una autonomía de la forma, del logos divino; posee una fuerza que seduce, atrae, hermética, fascinante y peligrosa al mismo tiempo.

Como en un círculo, mientras que las formas se disgregan y aparece la materia con la Naturaleza, en su fuerza de seducción, las criaturas nacidas a medias, que no han alcanzado la forma, la anhelan, porque anhelan un ser propio que encuentre paz, calma, en el lenguaje.

La criatura humana al nacer se abre al camino de la trascendencia, porque advierte su vida como algo a medias, desea ser completamente y, por tanto, tiene necesidad de la forma. Junto a ella, todas las criaturas desean ser, balbucientes, casi al borde de la palabra. También ellas, al haber apenas nacido, advierten el deseo de nacer plenamente con la palabra. Ser, estar y palabra coinciden sólo a veces, en algunos momentos valiosos, únicos. Por otra parte, todas las criaturas tienden hacia las palabras que puedan darles el ser.

Quisiera, llegados a este punto, recordar que Zambrano, en *De la Aurora*, después de haber dicho que al principio era el Verbo y que el mismo, como semilla de luz, germina fecundamente al caer, añade: “Todo lo que es semilla fecunda parece provenir de la luz, destinada

¹⁷ Cfr. Zambrano, M., *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, especialmente el inicio de “Nostalgia de la tierra”, pp. 15-16.

¹⁸ Cfr. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 30.

¹⁹ Cfr. Zambrano, M., *Algunos lugares de la pintura*, ed. cit., p. 15.

a penetrar de algún modo en algún oscuro, oscurísimo recinto a veces, de donde nacerá una criatura con su certera forma en los grados más altos del ser viviente, y en los grados más bajos de esta escala de la vida [...] nacen, como por un apresuramiento infernal, medio-seres o seres a medio formar, librados, pues, al medio ambiente”.²⁰

El compromiso que nosotros tenemos no es sólo el de dar espacio a las huellas de la palabra viva para restituir el ser de las cosas, como quisiera Heidegger, sino también, y sobre todo para Zambrano, el de conducir al lenguaje a los demás seres, escuchando las palabras balbucientes de los pájaros, el entrechocar de las piedras en el calor del verano. E incluso –añadiría– el rumor del tráfico que llega desde la calle, el ruido de la tubería del baño, el silbido de la nevera en el silencio de la noche.

A diferencia de Heidegger, para el cual la escucha de la palabra poetizante restituye el ser de las cosas, vistas sólo como “entes”, Zambrano, aunque atiende al círculo entre lenguaje y ser, se dirige a las cosas en cuanto cosas, no en cuanto entes. Y esta diferencia de términos –“cosas” que no nunca se deslizan hacia la gris situación de entes– no carece de importancia: la compromete en la escucha de los lenguajes, casi en embrión, de las cosas y en la tarea de expresión lingüística a la que ella se siente orientada por vocación filosófica.

No se trata sólo de valorar la multiplicidad de las cosas, su sombra y su esplendor, su belleza y su vulnerabilidad, sino de una puesta en juego del cuerpo, de la atención al lado consciente e inconsciente del cuerpo, como primera inserción en el mundo, con las cosas, la Naturaleza y la materia. Esta centralidad del cuerpo es ajena a la tendencia del pensamiento masculino en que Heidegger se ins-

cribe. Ciertamente Heidegger ha dedicado una atención al cuerpo en los *Zollikoner Seminare*, pero resulta significativo que para él la percepción corpórea de una cosa esté posibilitada por la comprensión anticipada del ser de la cosa.²¹ Heidegger da una clara prevalencia al *logos*.

El sentir es, en cambio, la vía experimental que le permite a Zambrano escuchar las entrañas, al escuchar así a las criaturas. Un sentir en el que está implicado todo el cuerpo, todos los sentidos, y que se filtra a través de la percepción de su misma presencia y de la de los demás. Hay un fondo sensorial oscuro e indiferenciado que percibimos a través del tacto, de la vista, la gravedad de los cuerpos. Nos hace apreciar en las cosas su núcleo en la sombra, que les da un peso específico, como escribe en *Algunos lugares de la pintura*.²²

Quisiera concluir con algo biográfico y filosófico a la vez. He estudiado durante muchos años a Heidegger porque me convenció el paso atrás que da respecto a la teoría que objetiva el mundo y su actitud de escucha de la revelación del mismo, que nos reclama un cierto estilo existencial, un cierto modo de vivir y de estar en relación a la lengua. Pero su límite, quizá su error, está en reducir el cuerpo a la función de escucha del lenguaje del ser.

Ha sido sobre todo la filosofía femenina la que ha situado el cuerpo en el centro del razonar, no sólo reconociendo que somos dependientes del cuerpo y, por tanto, de la matriz materna de nuestra existencia, sino también dando voz, sin traicionarlo, a su lado inconsciente. De aquí deriva una experiencia de libertad que sabe reconocer las propias raíces. María Zambrano es el ejemplo de una mujer que ha apostado por hacer filosofía llevando al lenguaje el lado oscuro del cuerpo, de la Natu-

²⁰ Zambrano, M., *De la Aurora*, ed. cit., pp. 130-131.

²¹ Cfr. Heidegger, M., *Zollikoner Seminare*, hrsg. von M. Boss, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1987.

²² Cfr. Zambrano, M., “España y su pintura” en *Algunos lugares de la pintura*, ed. cit., pp. 85 ss.



Pere Moral. *Nits Silencioses 2*, fotografía en blanco y negro. 24 × 30 cm.



Pere Moral. *Nits Silencioses 4*, fotografía en blanco y negro. 24 × 30 cm.

Heidegger y María Zambrano: dos formas diferentes de amor a la Naturaleza

raleza, aunque sin sumergirlos en la luz sin sombra del racionalismo, e inventando para ello otras figuras filosóficas. El filosofar ha sido para ella esta apuesta de transformación de lo sagrado de la Naturaleza en lo divino del lenguaje, del *logos*, fiel al sentimiento de participación corpórea en todas las formas de lo real, en su

luz y en su sombra.²³ Yo sé, aunque no sé el porqué, que para las mujeres que aman la Filosofía es más peligroso que para los hombres perderse por las vías de la inteligencia finalizada a sí misma.

[trad. esp. Gemma Bartoll Teixidor]



Pere Moral. *Espais en suspens 1*, fotografía en blanco y negro. 24 × 30 cm.

²³ Cfr. o. c., p. 108.